

La Victoria de Juan Ramón

41/56

* * *

La grata noticia de que el Premio Nobel de Literatura le ha sido otorgado a Juan Ramón Jiménez llega a bordo en las escuetas líneas del boletín interdiario que se nos sirve con el desayuno. El lauro del gran poeta español —andaluz universal, como él mismo ha gustado que se le llame— sabe a victoria propia, pues no en vano se trata de un gajo del rico almácigo de Darío, de un fruto puro de la renovación lírica que desde América iniciara el padre del Modernismo. Para los pueblos hispánicos esta justa consagración internacional de Juan Ramón tendrá el mismo sentido que tuvo la de Gabriela Mistral hace algunos años. Significa que nuestra lengua continúa teniendo los maestros mundiales que antaño la hicieron presea de toda la humanidad. Lengua de Cervantes y Quevedo, lengua de Fray Luis y Góngora, lengua de San Juan y Lope, lengua de Unamuno y Lorca, lengua de Darío y Vallejo, lengua de dos mundos incesantes, vieja y joven a un tiempo, dulce y templada, agreste y fraternal, solar y tenebrosa...

Cuando el español se hallaba en la fatigada postración que le sobrevino durante el siglo XIX, cuando parecía que sus jugos expresivos se habían agostado hasta tornarse monótonos y empalagosos, en una pequeña ciudad centroamericana un mestizo comenzó a pergeñar unos versos suntuosos y brillantes. La voz de ese cantor criollo fue enriqueciéndose con los añejos tónicos que bebía sin pausa en los griegos y en los latinos, en los primitivos castellanos y en los modernos franceses. Su caudaloso corazón alambicaba aquellos ingredientes en un proceso parsimonioso y vehemente. De pronto, su poesía y su nombre barrieron como un huracán con toda la hojarasca inconsistente del romanticismo convencional e impusieron al idioma y sus letras un nuevo estilo. El autor de dicha revolución se llamaba Rubén Darío. Su palabra llevaba en sí otras palabras. Una de ellas era la de Juan Ramón Jiménez.

De la exaltación proviene la melancolía, del frenesí la serenidad, del poder desmedido la medida. Melancolía, serenidad, medida, es decir, lirismo en sumo grado, profundidad de espíritu, reflexión y libertad, todo eso y mucho más es la poesía de Jiménez. Se trata de paisajes que se repiten en un espíritu de luces que se retrasmiten desde la realidad hasta el confín más íntimo del alma, de emociones que se afinan hasta ser un tremor interior. No se hallará en ella el canto vital del maestro, pero, en cambio, nos será dado auscultar palpitaciones misteriosas, pulsos y latidos de ardiente y quieta fiebre, confidencias, en fin, de alguien que intuye en la naturaleza y en la existencia un prodigio inefable y lo logra verter en el papel. Al lado de Antonio Machado, Juan Ramón amplía más la brecha que Darío abrió para la lengua. Tras ellos vendrán García Lorca, Salinas, Guillén, Alberti, en la península, y Neruda, Vallejo, Guillén en el continente, para no citar sino a aquellos que la memoria evoca de inmediato. Por esa puerta pasarán todavía muchos otros, ya que sólo ahora vemos cuán generoso es su umbral.

El poeta ha recibido la noticia al pie del lecho de Zenobia Camprubí, su compañera, quien yace en una clínica de Puerto Rico presa de una cruel dolencia. El galardón llega cuando tal vez la más grande de las tristezas arrebató el espíritu de Juan Ramón, quien siempre fue triste, aun en los poemas de la dicha. Esto mismo es un símbolo. Alguien ha afirmado que el hombre vive realizando alegorías consigo mismo. El Premio Nobel que la Academia Sueca ha concedido al autor de "Platero y yo" es una victoria de todos, más quizá para él no sea otra cosa que la consolación de una pérdida irremplazable. Ojalá hoy, para que la gloria que tanto se merece sea completa, no haya lágrimas en sus ojos por ningún motivo.

Bermudas, octubre, 1956.

Sebastián Salazar Bondy